

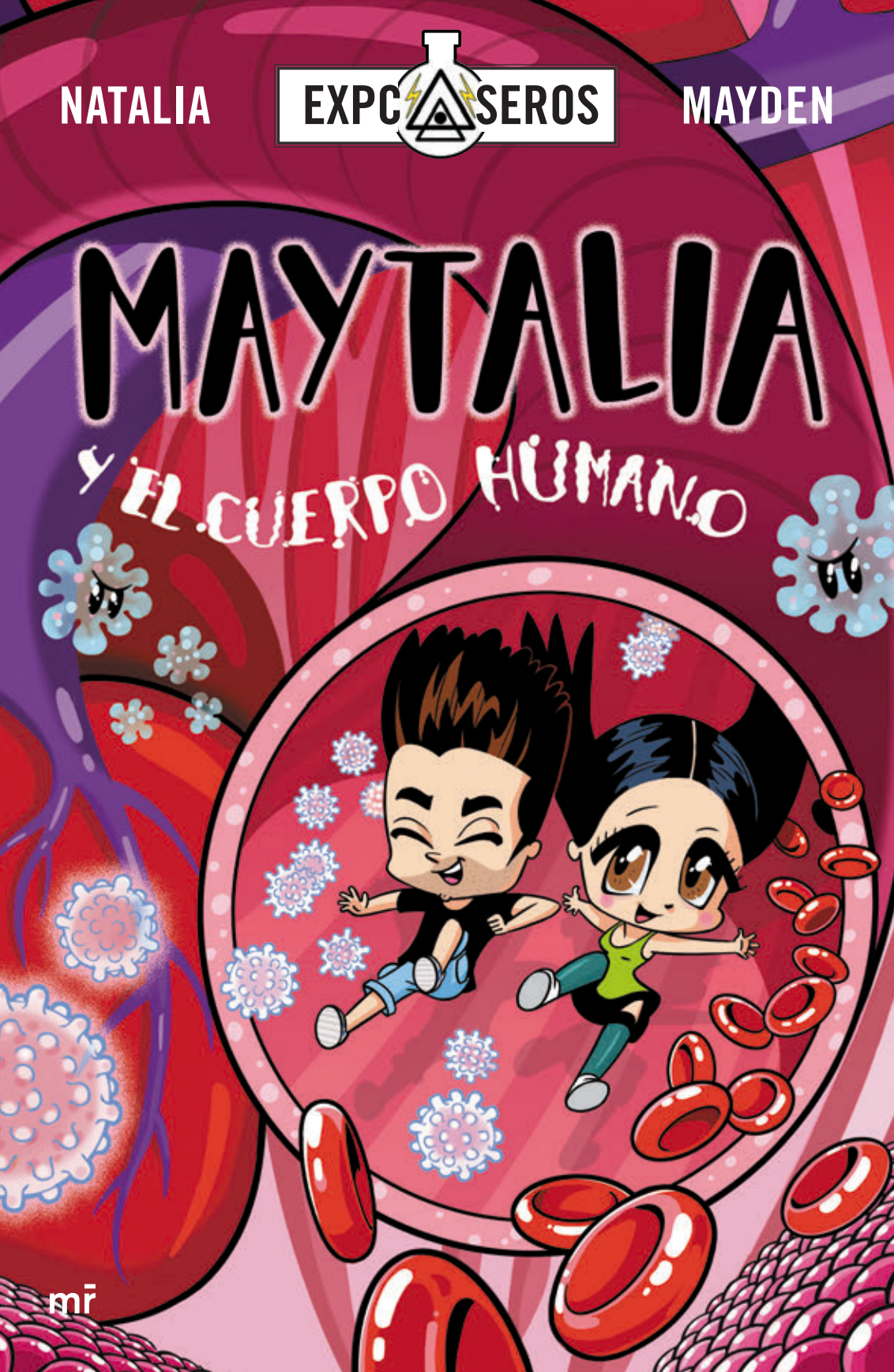
NATALIA

EXPC  SEROS

MAYDEN

MAYTALIA

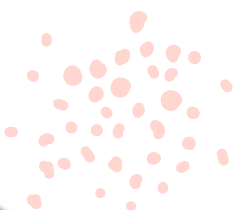
Y EL CUERPO HUMANO



NATALIA



MAYDEN



MAYTALIA

Y EL CUERPO HUMANO



© ExpCaseros, CB, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662—664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Edición y fijación del texto: Sergio Parra

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de cubierta e interior: © Luis Doyague, 2018

Diseño de interior y maquetación: María Jesús Gutiérrez

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 98—84—270—4633—7

Depósito legal: B. 18.261-2019

Impresión y encuadernación: Liberduplex

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



ÍNDICE

CAPÍTULO 1. ¡SOMOS PEQUEÑÍSIMOS!	6
CAPÍTULO 2. UNIVERSO VILLANO	20
CAPÍTULO 3. EL LINFA RAIL EXPRESS	36
CAPÍTULO 4. SUPERPROTECTORA PLUS ULTRA	48
CAPÍTULO 5. ESCUELA DE LEUCOCITOS	66
CAPÍTULO 6. CENTRO DE CONTROL ABSOLUTO	78
CAPÍTULO 7. MALAS NOTICIAS (Y BUENAS TAMBIÉN)	96
CAPÍTULO 8. FANTASMAS DE GENIOS DEL PASADO	108
CAPÍTULO 9. LA SONDA ROBOT	120
CAPÍTULO 10. EL BOTÓN DE LA MALA LECHE	150

¡SOMOS

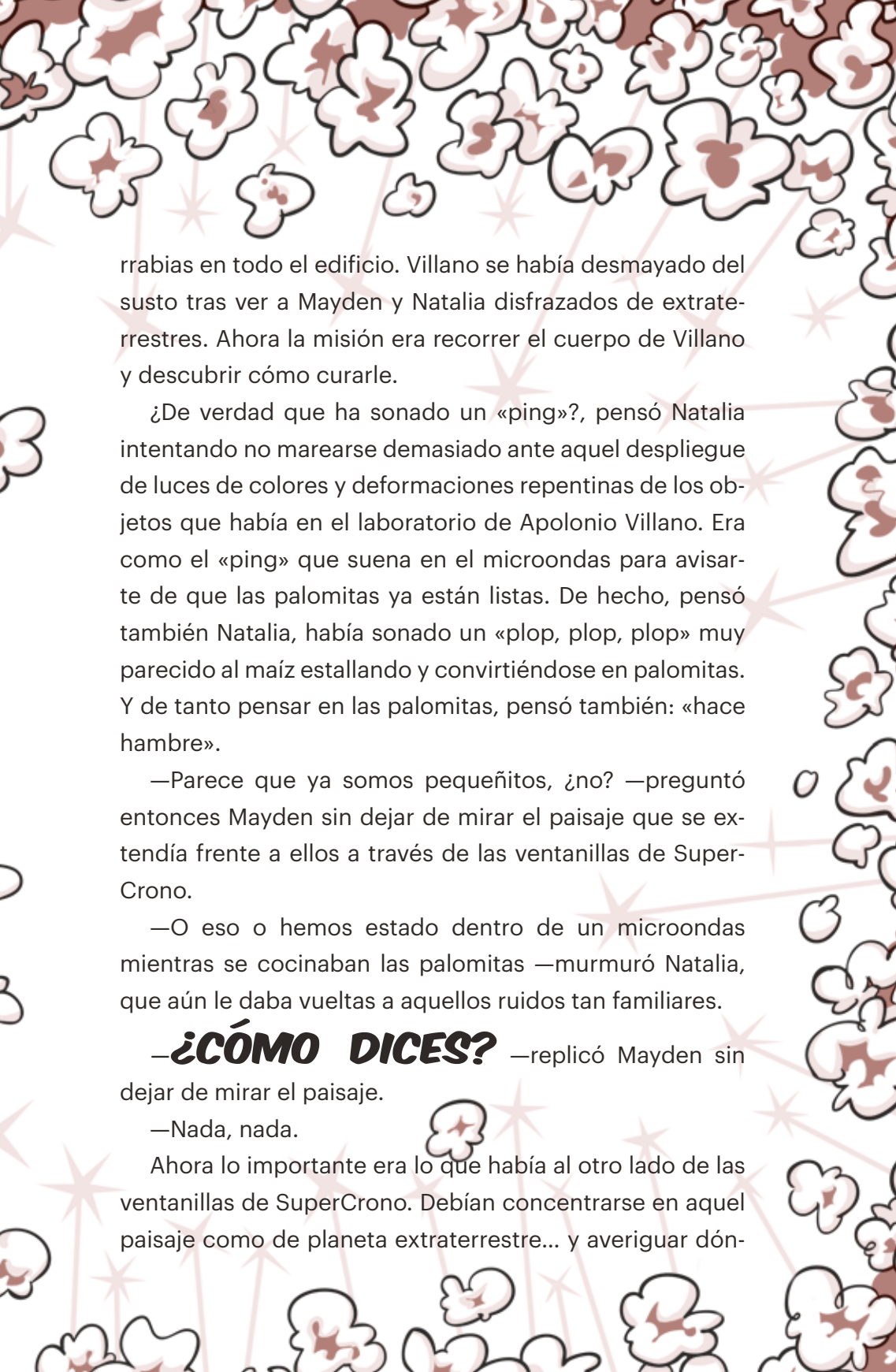
pequeñísimos!

¡ZUUUMMMM!

¡PLOP, PLOP, PLOP!

¡PING!

SuperCrono, gracias a las modificaciones que le había realizado Mayden, había doblado el espacio-tiempo sobre sí mismo y se había reducido de tamaño. Se había hecho tan, tan pequeño para poder colarse en el interior del cuerpo de Apolonio Villano, su vecino inventor y conocido casca-



rrabias en todo el edificio. Villano se había desmayado del susto tras ver a Mayden y Natalia disfrazados de extraterrestres. Ahora la misión era recorrer el cuerpo de Villano y descubrir cómo curarle.

¿De verdad que ha sonado un «ping»?», pensó Natalia intentando no marearse demasiado ante aquel despliegue de luces de colores y deformaciones repentinas de los objetos que había en el laboratorio de Apolonio Villano. Era como el «ping» que suena en el microondas para avisarte de que las palomitas ya están listas. De hecho, pensó también Natalia, había sonado un «plop, plop, plop» muy parecido al maíz estallando y convirtiéndose en palomitas. Y de tanto pensar en las palomitas, pensó también: «hace hambre».

—Parece que ya somos pequeñitos, ¿no? —preguntó entonces Mayden sin dejar de mirar el paisaje que se extendía frente a ellos a través de las ventanillas de SuperCrono.

—O eso o hemos estado dentro de un microondas mientras se cocinaban las palomitas —murmuró Natalia, que aún le daba vueltas a aquellos ruidos tan familiares.

—**¿CÓMO DICES?** —replicó Mayden sin dejar de mirar el paisaje.

—Nada, nada.

Ahora lo importante era lo que había al otro lado de las ventanillas de SuperCrono. Debían concentrarse en aquel paisaje como de planeta extraterrestre... y averiguar dón-

de diablos estaban. Sí, eran muy pequeños, diminutos, porque SuperCrono había doblado el espacio sobre sí mismo. Pero ¿seguían en el laboratorio de Apolonio Villano o no? A juzgar por aquel interminable paisaje de suelo metálico, no lo parecía.

Natalia empezó a darle vueltas a diversas posibilidades. Sus únicas pistas eran los «zuum», los «plop, plop, plop» y el «ping». Aquella clase de ruidos habían sido siempre los inicios de todas las grandes aventuras que había estado viviendo con Mayden.

Primero fueron los «Flashhh» y los «trummmmrurmm» que les permitieron viajar en el tiempo y adoptar a su nuevo gato Arquímedes, mientras conocían a los grandes científicos e inventores de la historia. Aquella aventura la acabarían escribiendo algún día en un libro titulado *Maytalia y los inventores*.

En segundo lugar, los «Flashh», «plong» y «shhhht—t—t—t» habían precedido a su gran aventura espacial, cubriendo inmensas distancias astronómicas y aprendiendo cómo eran la Luna, Marte, los agujeros negros y hasta el Big Bang, el inicio del universo. En aquel viaje que acabarían describiendo en el libro *Maytalia en el espacio* habían salvado la vida de la perrita Laika, el primer ser vivo en orbitar la Tierra, y ahora iba siempre con ellos.

«Zuum», «plop» y «ping» debían ser los ruidos para hacerse pequeñitos, invisibles al ojo humano. Pero ¿cómo era posible que la superficie donde habían aterrizado fuera de metal? ¿Tal vez se habían trasladado por el espacio-tiempo al planeta de origen de los Transformers?



—UN ALFILER —dijo entonces Mayden.

—¿A qué viene un alfiler ahora? —frunció el ceño Natalia.

—Guau —ladró Laika.

—Zzzz —murmuró Arquímedes, que estaba echando un sueñecito en el regazo de Natalia. A pesar del viaje alucinante que estaban protagonizando, a aquel gato siempre le interesaba más dormir una siesta.



—Pues que parece que hemos aterrizado en un planeta de metal porque seguramente estamos justo sobre la cabeza de un alfiler. O quizá es un clavo, no lo sé con seguridad. Estamos en un laboratorio, es normal que haya clavos, alfileres... esa clase de cosas.

—¿De verdad esto es la cabeza de un alfiler? Pues es... ¡enorme! Ni siquiera veo el final.

—Vamos a comprobarlo —señaló Mayden con firmeza, tomando los mandos de SuperCrono.

Enseguida, despegaron de la superficie metálica y con, un suave zumbido, aceleraron. El suelo de metal pasaba a gran velocidad bajo ellos, pero el horizonte aún parecía infinito. Por más que aceleraban, no había nada a lo que llegar.

—Increíble —bufó Mayden—, estamos viajando a máxima velocidad y no hay forma de llegar al borde de la cabeza de este alfiler.

—Creo que va a explotarme la cabeza —exclamó Natalia tocándose el cráneo para comprobar que todo estaba en su sitio—, es de locos. O sea, que el tamaño de la cabeza de un alfiler es algo muy pequeño.

—Sí, diminutísimo. Casi invisible de lo pequeño que es. La cabeza de un alfiler tiene casi el tamaño del punto del final de esta oración, en el caso de que estuviera escribiendo lo que digo ahora.



—Oye... **¿DIMINUTÍSIMO?** ¿Eso existe? —inquirió Natalia poniendo en evidencia su obsesión por la buena ortografía.

Mayden le miró de reojo.

—Ahora sí. ¡Yo hago que el lenguaje evolucione!



¡Somos pequeñísimos!

—Vale, vale, me lo apunto en mi diccionario mental de maydeniadas.

Pero olvidémonos del lenguaje de momento. Lo importante es que ahora mismo somos tan pequeños que la cabeza del alfiler tiene un tamaño gigantesco. Tan grande como un país. Un país de hierro.

Natalia tecleó en el ordenador de navegación de SuperCrono para crear un mapa de la cabeza del alfiler, y así también pudo comprobar el tamaño al que habían logrado reducirse.

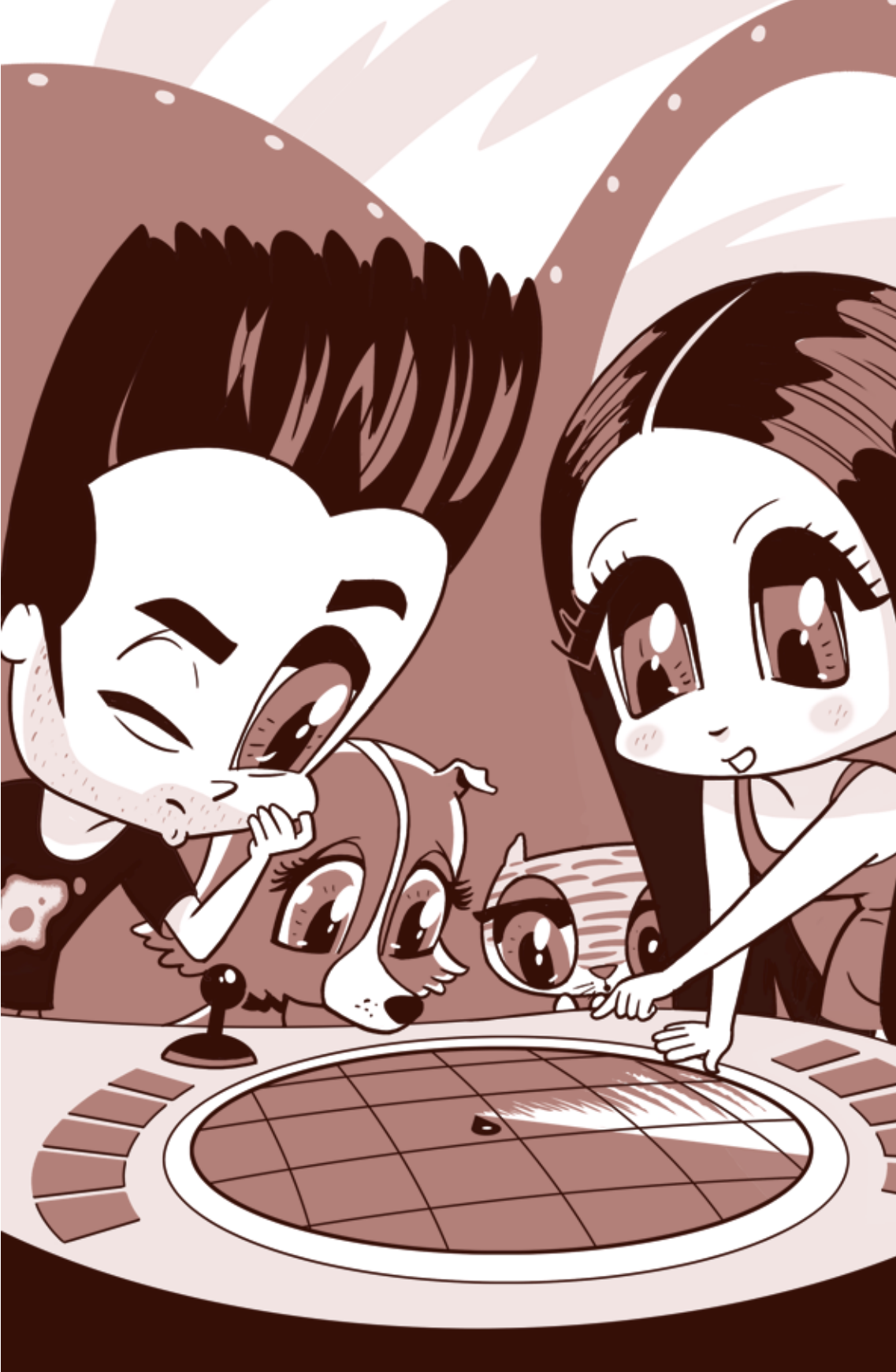
—CREO QUE TE HAS PASADO HACIÉNDONOS PEQUEÑOS

—concluyó.

—¡Qué me voy a pasar! Se supone que si tenemos que entrar en el cuerpo de Apolonio Villano para comprobar por qué se ha desmayado, tenemos que ser lo suficientemente pequeños. ¿Es que no has visto *Érase una vez el cuerpo humano*? Es mi serie favorita, y...

—Eso lo entiendo, pero lo que digo es que te has pasado. Somos *demasiado* pequeños. Mucho más pequeños que un grano de arena. Más pequeños que una mota de polvo. Miles y miles de veces más pequeños. Mira estos datos del ordenador de navegación. Somos tan pequeños que apenas nos movemos del sitio aunque pongamos los motores a tope. A este ritmo tardaremos años en llegar al cuerpo de Villano.





Mayden se asomó a la pantalla del ordenador y se quedó asombrado con las comparaciones que hizo Natalia. Nunca se había planteado que las cosas pudieran llegar a ser tan pequeñas, ni que existieran tantas de ese tamaño.

Para Mayden, lo más pequeño que podía imaginarse ahora mismo era, precisamente, la cabeza de un alfiler. O el punto del final de esta oración. En la pantalla del ordenador, sin embargo, se dibujó una hoja de papel cuadriculado, como los que había en su cuaderno de notas del colegio.

—Cada uno de esos cuadraditos de la hoja tiene dos milímetros por cada lado —explicó Natalia—. ¿Me sigues?

Mayden la miró de reojo.

—Claro que te sigo, que no soy tonto. ¿Qué más?

—Ejem, pues sigamos. Imagina que dividimos el cuadradito en cuatro trozos. Y que uno de esos trozos, lo divides en cuatro más.

—Mmmm... Vale, ¿nosotros somos así de pequeños?

—No, no. Así de pequeños es como deberíamos haber sido, pero algo debe de haber ido mal y somos mucho más pequeños. Tanto que el trozo, del trozo, del trozo del cuadradito, para nosotros, tiene ahora el tamaño de la ciudad de Nueva York. Si intentáramos recorrer el grosor de un pelo, tardaríamos un día entero andando. ¡Solo en recorrer el grosor!

—¿Un pelo de la cabeza? Mejor el tuyo, que me daría cosa que una Natalia diminuta me recorriera la cabeza —replicó Mayden atusándose el cabello—. Pero déjate de pelos, que tenemos una misión que llevar a cabo. Voy a reprogramar el sistema para aumentar un poco de tama-

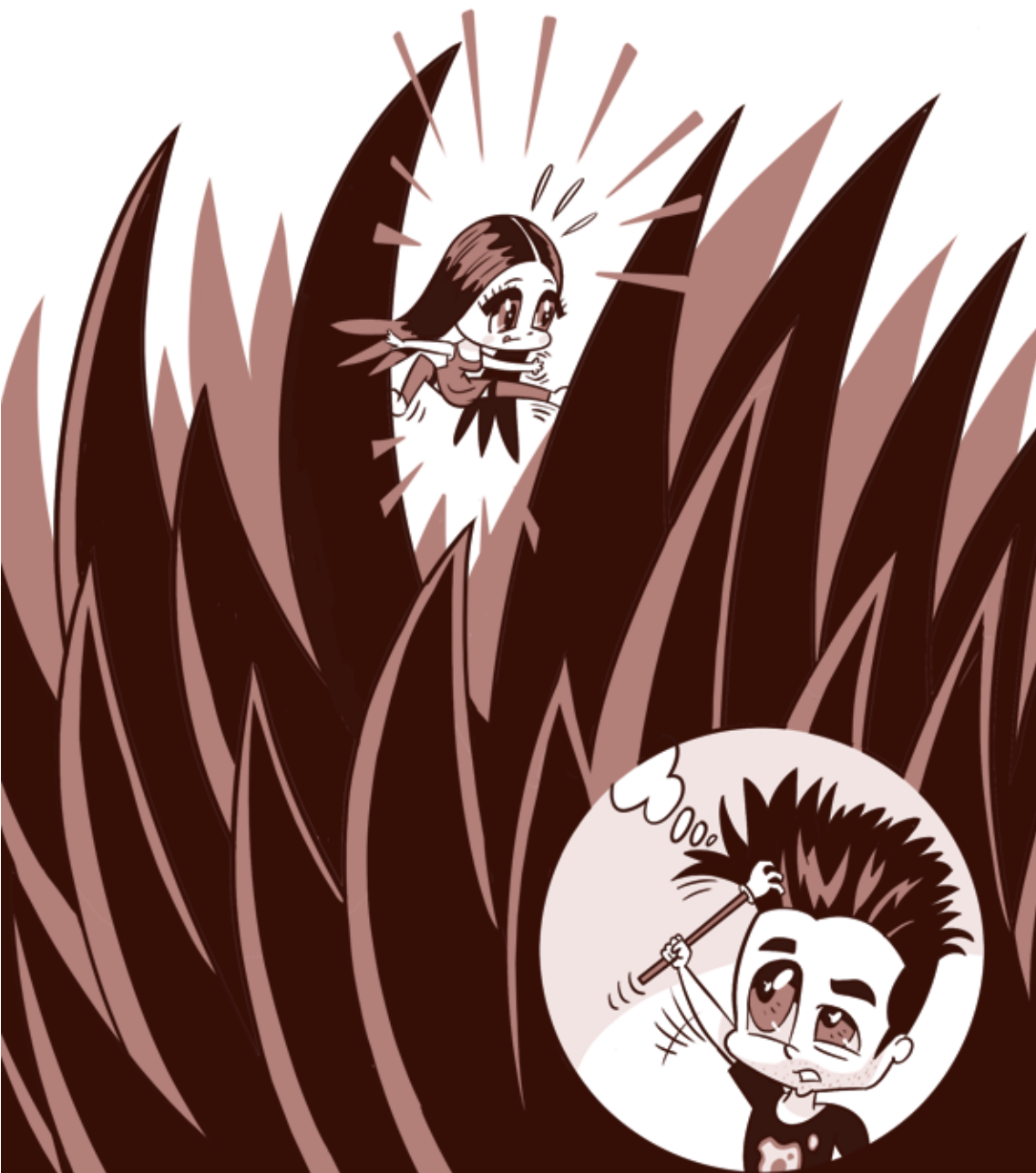


ño. SuperCrono debería alcanzar más o menos el mismo tamaño que tiene un leucocito.

—¿Un leucocito?

—Un glóbulo blanco.

—**¿UN GLÓBULO BLANCO?**



—Ay, Natalia, **¿ES QUE TE HAS DADO UN GOLPE DE CABEZA Y HAS OLVIDADO LAS CLASES DE BIOLOGÍA?**

—Oye, no te pases, que seguro que las recuerdo mejor yo que tú. Lo que pasa es que estoy muy nerviosa, porque si nos has hecho tan pequeños, miedo me da lo que pasará cuando vuelvas a tocar esos botones.

Mayden esbozó una sonrisa de medio lado, como de actor de Hollywood.

—Tú tranquila, que estás en buenas manos —dijo empezando a teclear en el ordenador—. Los leucocitos son células que hay en la sangre y que funcionan como la policía del cuerpo: defienden al organismo de sustancias extrañas o infecciones. Todavía no tenemos ni idea de por qué Villano se ha desmayado, pero los leucocitos se encargan de controlar que todo funcione correctamente, así que ellos nos ofrecerán toda la información que necesitemos. Espero. Un leucocito tiene un tamaño aproximado de... diez micrómetros, o sea, la millonésima parte de un metro.

—UF, OTRA VEZ ME CUESTA IMAGINAR ALGO TAN PEQUEÑO.

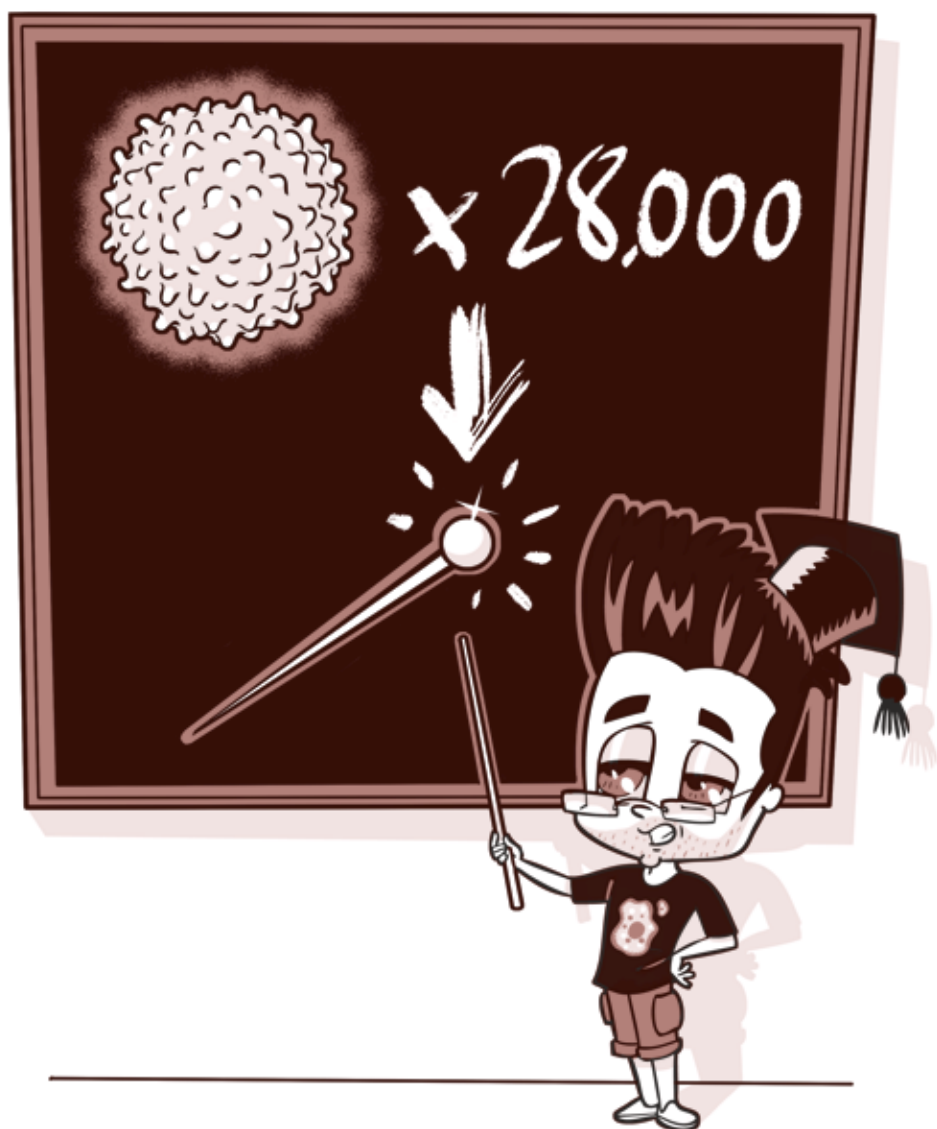
—Pues es mucho más grande que nosotros ahora.

—Lo sé, lo sé, lo que quiero decir que me cuesta imaginar algo tan grande... respecto a nosotros, que somos tan pequeños en realidad —titubeó Natalia.

—Pues imagínate de nuevo la cabeza de un alfiler.

—Vale, eso sí que es fácil de imaginar.



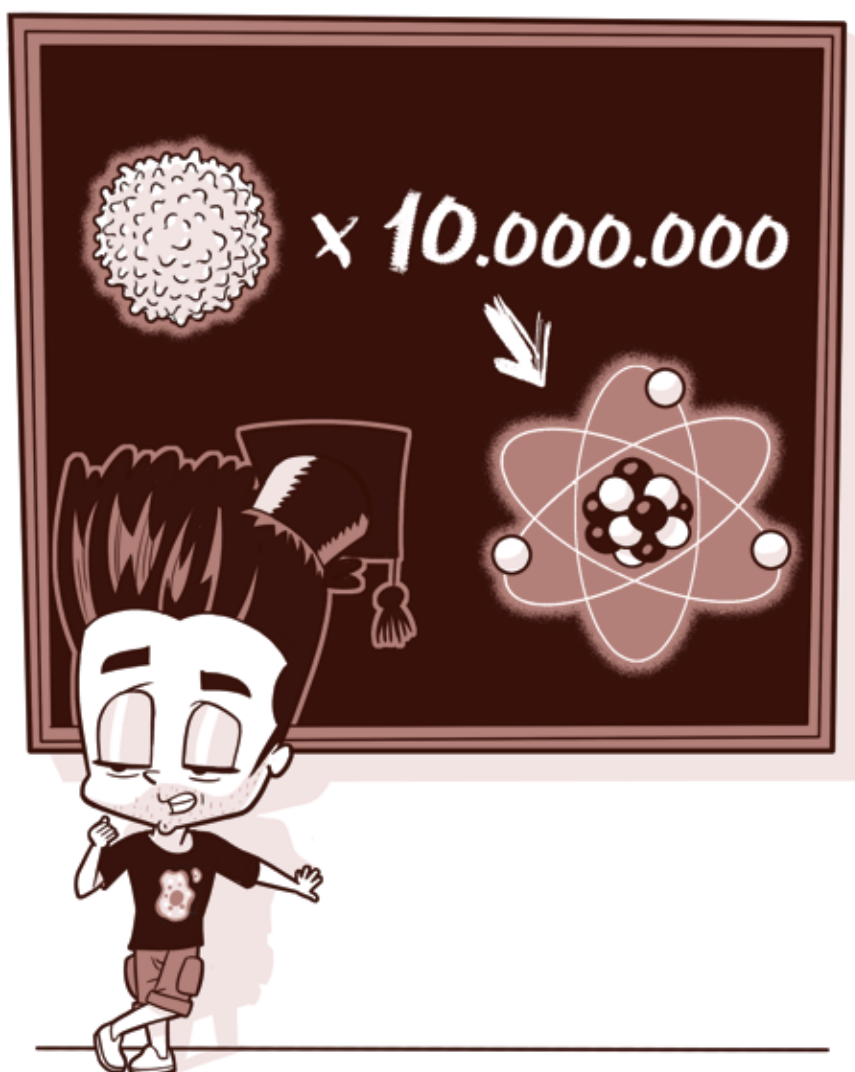


—Pues para que te hagas una idea del tamaño de un leucocito, en la cabeza de un alfiler cabrían bien pegaditos unos 28.000 leucocitos.

—**¿EN SERIO?** Sería como el público de un gran concierto.

—Y nosotros ahora mismo somos miles de veces más pequeños que los leucocitos, así que fíjate qué plan. Porque un leucocito, a su vez, está hecho de átomos. Tiene aproximadamente... mmm... diez mil millones de átomos.

—**¿CADA LEUCOCITO?**



—Cada leucocito. Y nosotros somos más pequeños todavía que los átomos.

Natalia parpadeó un par de veces tratando de entender aquellas palabras.

—Vale, creo que empiezo a asimilar la magnitud del problema. Acaba ya rápido de reprogramar SuperCrono, que me siento menos que nada así de pequeñita.

Mayden continuó aporreando el teclado.

**—CREO QUE YA ESTÁ.
¡SE VIENEEE...!**

¡Somos pequeñísimos!

